

PORTADA



EDUCADOR Y ESTUDIANTE: una mirada retrospectiva a *Conducta*

La escuela la hace el maestro...
José de la Luz y Caballero

Por MARÍA DEL CARMEN MUZIO

“Tengamos el magisterio y Cuba será nuestra” decía José de la Luz y Caballero en el siglo XIX como muestra de la importancia de la formación de las nuevas generaciones. Aquellas del siglo XIX, educadas por Varela y don Pepe, fueron las mismas que marcharon a la manigua. A la importancia de la educación como creadora de conciencias para el futu-

ro del país, le dedicaron especial énfasis estos grandes maestros de nuestro siglo XIX en su proceder y su obra. Las *Cartas a Elpidio* de Félix Varela así lo demuestran,

Un largo camino nos separa de ese aforismo y de esa época, cuando vemos a cientos de jóvenes universitarios ante la embajada española, sacando de su árbol genealógico el abuelo llegado de Ga-

licia o de cualquier otra zona de la península ibérica.

Algunas de estas meditaciones surgieron a partir de la visión de la película cubana *Conducta* de Ernesto Daranas. Un filme realizado con maestría y cuyo principal mérito radica en su esencia polémica, en hacernos pensar en lo que nos ha faltado. Cuántos jóvenes que saludaban fervoro-

samente la bandera y repetían la consigna de igualarse al guerrillero muerto en Bolivia, no están en la actualidad dispersos por los lugares más recónditos del mundo, cabría preguntarse. La respuesta sería compleja por los diversos matices que incidirían en ella, porque no es un solo factor, sería la sumatoria de muchos de ellos.

Evidentemente, ha habido una ausencia de aspectos fundamentales en la educación de un niño hasta un adolescente: la falta de valores imprescindibles —algo de lo que tanto se habla ahora como si se hubiera descubierto el Mediterráneo—, y en especial la importancia que se le restó al papel de la familia, cuando vinieron las escuelas al campo o en el campo, las becas, los círculos infantiles para los bebés desde los cuarenta y cinco días, y los seminternados. En verdad, todo para darle mayor facilidad a la mujer trabajadora, que dejaba a su bebé o a su infante en manos de personas desconocidas, muchas veces con hábitos o costumbres diferentes a los de la familia, lo que creaba en el niño o adolescente una dualidad difícil de asimilar.

Muchos padres creyeron en una época que la educación de sus hijos dependía exclusivamente de la escuela, debido a ese intento fracasado de que esta sustituyera al entorno familiar conformado por el hombre y la mujer en la unión del matrimonio, institución deteriorada de forma ostensible, en estos momentos, por diversas causas. Una pareja al unirse no lo hace sólo por el reconocimiento social, sino por la creación de una nueva familia, cuya máxima expectativa ha de ser la crianza y educación de los hijos futuros. Por desgracia, cuando ese vínculo se rompe, ya sea por el exceso de trabajo de uno de los padres; la salida del país, ya sea definitiva o en misiones; o la incapacidad de sobrellevar la unión por el bien de su descendencia, surgen entonces problemas que, a la larga, resquebrajan las bases sociales.

Pero volvamos a *Conducta*, y a ese Chala con la figura paterna

ausente, una madre drogadicta, y que solo en su maestra es donde encuentra afecto y comprensión. Y aunque las instituciones oficiales se preocupan por él, lo que pretenden con la susodicha escuela de conducta para niños con problemas, o como se les llama también eufemísticamente, niños con desventaja social, es imponer una segregación, apartarlo de su grupo, de su entorno y hasta de esa problemática madre que, a pesar de sus defectos que son muchos, lo quiere.

Le eminente pedagoga italiana María Montessori abogaba porque “la salvación se encuentra en el niño” y que éste “marca su propio paso o velocidad para aprender, el maestro debe respetar esos tiempos”. Montessori creó la Casa del Niño en un barrio pobre de Italia, convencida de que el abandono infantil conduce a la delincuencia. Y su enseñanza de principios del pasado siglo se ha extendido a numerosos países que aplican su método pedagógico.

Conducta nos cuestiona por qué aún subsisten niños como Chala o Jenny, que siendo una de las mejores estudiantes tiene que irse porque es “palestina”, palabra peyorativa para denominar a los llegados de las provincias orientales, o el otro que tiene su padre preso. La misma Carmela vive su drama familiar con una hija y nieto que emigran. Son tantas las problemáticas a las que nos enfrenta este filme, que merecería un extenso estudio.

Otro problema que aborda es el de la religión y el dogmatismo de la funcionaria del municipio de Educación ante una estampita de la Patrona de Cuba que recuerda al compañerito fallecido. Pocos son los estudiantes y profesores que conocen que esa imagen acompañó a nuestros mambises, que Antonio Maceo colgaba de su cuello una medalla; y que fueron ellos, precisamente, los mambises, los que elevaron al Papa la petición de declararla nuestra patrona.

Conducta coloca el dedo en la llaga en muchos ámbitos de

nuestra sociedad actual. Ese niño vinculado a la marginalidad de su sociedad, que lo mismo se relaciona con el juego prohibido que con las peleas de perros, las que no se sancionan en nuestras leyes.

Los diálogos son muy elocuentes, Carmela asegura que “antes sabía para qué preparaba un alumno, ahora lo único que tengo claro es para lo que no debo prepararlo”. Pensemos en qué quiso decir con esa frase, a la que podríamos responder que no se debe preparar para el facilismo, el fraude, muchas veces disfrazado por la necesidad de que el centro obtenga buenos resultados; para que no repita esquemas o frases hechas, y mucho más que pudiéramos argumentar.

La educación es gratuita en nuestro país desde la primera enseñanza hasta la universitaria, a diferencia de otros donde no todos tienen el derecho al estudio por el alto costo que implica. Pero también le faltan muchas veces, por la necesidad imperiosa de que no haya un aula sin maestros, los profesores más capacitados, con verdadera vocación y sensibilidad. Podemos encontrarnos algunos en que su único interés es el salario; que han accedido a la labor educativa por obligación o necesidad; que se desprecupan por enseñarles normas de conducta que ellos mismos ignoran, que no se preocupan por enseñarlos a pensar por sí solos, y que ven al estudiante como un enemigo al que le imponen por la fuerza sus opiniones.

Otra expresión muy significativa de Carmela ante los cuestionamientos de la funcionaria es que “hay tantas cosas que no se explican y que yo me veo obligada a hacer”. No nos explican a qué se alude, podríamos imaginarnos que quizás se refiera a la etapa conocida por todos, en que nuestros centros estudiantiles alcanzaban unos fabulosos 100% de promoción, porque ningún estudiante



suspendía, estudiara o no, fuera más capacitado o no.

Nada justifica al maestro o profesor que vende una prueba, porque ya Martí dijo hace más de un siglo, que “la pobreza pasa, lo que no pasa es la deshonra”; sin embargo, desgraciadamente, estos sucesos se dan, se separan de sus cargos a los infractores y vuelve a ocurrir. Ameritaría un análisis más profundo el porqué de ese lastre en algunos maestros, que no son muchos, pero tampoco una cifra ínfima. Detrás de esto hay, por supuesto, dos factores: la falta de una verdadera vocación magisterial y la de una familia que se presta también a la deshonra con tal de que su hijo salga airoso. Si usted está deformado, imposible que forme a alguien en un aula.

Y estos hechos aislados ocurren muy a nuestro pesar, a veces, de forma solapada, como los famosos regalos al maestro, sea o no el Día del Educador, no como un agradecimiento por su labor, sino como un soborno.

En el nivel medio de enseñanza, ya sea la secundaria, donde el adolescente transcurre en la escuela la mayor parte del día, donde al final debe elegir para su futuro entre convertirse en un técnico medio o continuar estudios en el preuniversitario para llegar a ser un profesional, comienza la competitividad porque dependen de un escalafón. Por desgracia, estos escalafones no siempre son fiel reflejo del buen estudiante y del verdadero talento.

Preguntémonos porqué nuestros jóvenes prefieren conocer más del fútbol y sus figuras mediáticas que de nuestro deporte nacional, o no les interesa la televisión de su país, sino cualquier serie o programa extranjero, a veces de la peor calidad artística. La educación debe ir con los tiempos, y la generación que se sienta en nuestras aulas podría llamarse la “generación digital”. Para los que la integran, que saben de infor-

mática desde la niñez, la mayoría incluso más que sus padres, poseer un celular implica un status superior; las tele clases aburren y leer es casi un castigo, porque ni tan siquiera leen el propio libro de texto que con tanto esfuerzo la escuela les brinda.

Algo se nos ha escapado de las manos, y ese algo es lo que ha creado el vacío, las diferencias entre las generaciones de los setenta y los ochenta, a las que han venido después de los noventa. Ellos están conscientes de la pirámide social invertida desde hace años.

Quedan familias preocupadas, padres que le dan la razón al maestro y no al hijo cuando se les llama por algún problema, y ahí está el intrínquilis. Si un padre va a un centro estudiantil y se encuentra una maestra/o vestido inadecuadamente o que se expresa sin vocabulario apenas, con formas groseras, claro que le dará la razón al hijo.

Cuando el profesor respeta a sus alumnos y estos lo respetan, está ganada la primera parte de la batalla. Y para ello ese maestro debe ir preparado a su clase, y no ser el mero papagayo que repite lo mismo que tiene en el libro. Cuando el profesor no vocifera, no los insulta, o no se rebaja a un nivel de confianza exagerada, será visto como debe ser: un educador. Nuestro Apóstol escribió que “(...) quien dice educar ya dice querer”. Y Carmela es un buen ejemplo.

El gran mérito de *Conducta* es revalorizar la figura del maestro. Hay que preguntarse el por qué la inmensa mayoría de nuestros jóvenes no ve el magisterio como una opción laboral. Es una serpiente que se muerde la cola, los que estudian Pedagogía son los de índice académico más bajo, en un círculo vicioso del que no saldremos si no se analizan más profundamente las causas, que van desde que ese estudiante ha visto cómo el profesor que detecta un fraude es el culpable, cómo el profesor que tiene alumnos insuficientes es el culpable, cómo el profesor de una beca al que un alumno se le escapa es el culpable, cómo si dos

alumnos se pelean en una clase es culpa del maestro también, cómo el maestro debe mantener ocultas sus creencias religiosas sean cual sean; y además, soslayar las que tengan sus alumnos, en aras de la doctrina materialista. Y no es abogar porque se enseñe religión, sea budista, católica o protestante, sino que se deje elegir sin imposición, que se respete la diferencia de creencias de cada cual, si el mundo es rico en su diversidad.

Quedan pendientes otras asignaturas que no se enseñan: el amor entre la pareja para la creación de un hogar, y no el afán sexual desmedido desde temprana edad; el respeto a los demás sea cual fuere su raza, edad, opiniones; el ser justos y no imparciales; y sobre todo, la honestidad, la verdad.

Si la mayoría de los alumnos que están en nuestras aulas proceden de familias disfuncionales, donde hay un padre que emigró o una madre soltera, padres que ejercen la violencia; abuelos demeritados en su experiencia, alguno preso por estafa o robo... ahí está el ejemplo de Carmela, aunque, como ella bien dice: “la realidad va a estar esperándolo”.

